



La puerta de los mares

Mayorga, Francisco J. (2013).
Managua, Nicaragua
Ediciones Albertus; 356 páginas.

Carlos Morales

Profesor pensionado, Universidad de Costa Rica
Recibido: 02/11/2014 • Aprobado: 03/12/2014

La puerta de los mares, una cita con la historia de Nicaragua

Una novela es más el producto de la intuición que de la razón, y aunque Francisco Mayorga hizo un meritorio esfuerzo por novelar esa locura infinita del canal interoceánico en Nicaragua, su discurso final sigue siendo más historia que novela, tanto en la forma como en el fondo, y allí radica su única debilidad, pues desde el punto de vista documental está llena de méritos.

Sus mejores momentos surgieron cuando el historiador-economista se liberó de las amarras notariales y echó a volar la imaginación para dibujar la despedida del dictador Zelaya en Corinto y pintar los amores exóticos de Rubén Darío en París, la aparición de Sandino joven en León o las prácticas quirúrgicas violentas del matasanos Debayle en el cadáver del poeta.

Es allí cuando el libro constituye verdadera novela, pero en casi todo su corpus es un relato histórico, más o menos apegado a la realidad, que ilustra, pero no absorbe con esa locura imaginaria o ese derroche estilístico anejos a la novela. Esto se debe, en parte, a que el autor no construyó personajes ni concibió un lenguaje acorde a los sujetos históricos mencionados, y casi todo el libro



avanza como un discurso documental, descriptivo y poco literario, aunque muy correcto y bien dicho. Los diálogos entre personajes, por ejemplo, son prosaicos y no en voz coloquial.

Presentada como novela, *La puerta de los mares* del economista nicaragüense Francisco Mayorga, se ha publicado ahora en un segundo tiraje, después de que el autor la escribiera en prisión en 2001, víctima del torpe asedio de Arnoldo Alemán, quien lo metió dos años en chirona por algunos manejos monetaristas que no le convenían al entonces Presidente, quien más tarde fue condenado como delincuente por lavado de dólares y otras mingas.

Mayorga, luchador sandinista cuando era un honor serlo, integró las fuerzas triunfadoras de 1979, aunque luego militó con la Unidad Opositora (UNO) y lideró el equipo económico de Violeta Chamorro, de donde habría resultado adversario de Alemán y víctima injusta de su deplorable y corrupta gestión.

El libro es un esfuerzo encomiable que trata de resumir, en tono de invención, la sempiterna historia del Estrecho Dudoso, que ha inquietado a la población nicaragüense desde los tiempos de Pedrarias Dávila.

Siendo ese país el corazón del istmo centroamericano, sus gobernantes, y sus invasores de todos los tiempos, han soñado con cortarlo en dos para juntar las aguas del mar Pacífico con las del Atlántico. Antes incluso de que lo soñaran el comodoro Vanderbilt por el San Juan, Lesseps por Panamá y lo impusieran los yanques en esa nación, la cual fue inventada en 1903 para facilitar el tajadeo de Veragua y repartirse —durante cien años— todas sus mieles, hasta que llegó Torrijos.

Posiblemente en una cárcel muy benévola, como su elevada investidura intelectual merecía, el doctor Mayorga dispuso de muchos materiales históricos relativos a los tratados canaleros, los cuales —ahora— están en Internet, pero que en el 2001 había que perseguirlos en duro, de libro en libro.

El resultado de su paciente investigación es una obra inmensa que relata todas las negociaciones desarrolladas alrededor de aquel sueño, pero en particular las del dictador José Santos Zelaya (1893-1909), quien estaba obsesionado con el paso interoceánico y puso a trabajar en ello hasta al máximo poeta de América, desde la embajada en París.

La obra no se queda en las intrigas canaleras, sino que el autor más bien las aprovechó para reconstruir la historia de su patria, desde antes de la guerra de los filibusteros, y también realizó un fresco magnífico de la interminable lucha de timbucos y calandracas, que ha sumido en desgracias a ese país desde los días de la Independencia primera (1821), y lo mantiene más o menos igual desde la segunda (1979).

Esa Nicaragua mágica y trágica, en medio de luchas intestinas, quedó bien retratada en *La puerta de los mares*, lo cual es un mérito del historiador, aunque quede debiendo los arrestos como novela, pues los cientos de personajes que discurren por ella no son psicológicamente bien trazados como para alimentar una trama

progresiva que intrigue al lector o la lectora, sino que más bien abren una expectativa diferente, la de informarse, documentarse y aprender de la historia; secuela propia de los trabajos documentales que se dirigen más hacia el dato y la precisión de las fechas que a esa locura y fascinación poética de las piezas novelísticas.

Esto obedece, en parte, al gran dominio del narrador omnisciente, que concede escasa libertad a sus personajes y tiende más a la historia novelada que a la novela histórica, según la definición de Lukács.

Si bien la figura de José Santos Zelaya compromete casi todo el libro, la recreación de su entorno es más apegada a la realidad que a la imaginación de un novelista, por lo que resulta menos convincente. No hay que olvidar que la realidad suele superar a la ficción y, paradójicamente, el lector o la lectora tiende a dudar de la primera, aunque se trague sin esfuerzo todas las mentiras de la segunda. Depende del narrador y de sus dotes estilísticas.

Esa disyuntiva entre realidad y ficción hace que *La puerta de los mares* se aproxime más al llamado *new journalism* que al universo novelístico, porque sus personajes siguen valiendo como entes de la historia, pero no se liberan como protagonistas de una ficción por falta de ese perfil psicológico que el autor dio por descontado, puesto que figuran en la cartilla escolar. Pero no es así, la verdad intrínseca de una novela obliga a personificar esos nombres históricos con sumo detalle para que valgan como «seres vivos» de la trama.

En el *nuevo periodismo*, por el contrario, basta con poner en su boca los predicados reales documentados y se supone que la persona lectora recrea al ente histórico. Por ejemplo, hay verdadera recreación artística en *El señor Presidente* de Asturias, en *El otoño del Patriarca* de García Márquez y en *Blonde* de J. C. Oats; mientras que hay prevalencia de la historia en *Todos los hombres del Presidente* de Bernstein y Woodward o en *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* de O. Cabezas.

Por todo ello, resulta curioso que el pasaje más volado, más imaginativo y más exagerado (por tanto novelístico) de este libro sea la despedida de Zelaya en Corinto, que transcurre en medio de desfiles, coros, carrozas, bandas militares, grandes barcos y hasta ángeles y querubines negros que elevan al dictador en su silla hasta la proa del vapor, desde donde proclama: «¡De rodillas me van a pedir que regrese!» (p. 218). Pero este pasaje, para quienes conocen esa mágica Nicaragua, nada tiene de raro que sea de lo más realista en el libro.

Zelaya, junto a los Somoza, es el ejemplo dictatorial de ese país, y, al contar su historia, el autor de alguna manera revive comportamientos dictatoriales más modernos, como los de Alemán en el 2000 o los de Ortega en sus más recientes atentados contra la Constitución. Por eso es extraño que el libro cuente con el beneplácito de Daniel y de su esposa, quienes lo auspician en la contratapa, aunque Mayorga habló en el libro de «La Piñata, el piñateo de la Costa Atlántica, el dictador que si no lo bajamos se nos queda veinte años» (p. 184). Si bien esto

se refiere a los piñateros de Zelaya, ya desde su prólogo advirtió que «algunos personajes» del presente pueden parecerse a personajes del pasado, «pero siento mucho informarles que en realidad pertenecen al presente» (p. 72).

Con esta ambigua declaración el autor dejó abierta toda suerte de comparaciones entre sus personajes del pasado, sus actitudes y comportamientos y los gobernantes del presente, algo que deben valorar los nicaragüenses, pues nosotros los ticos carecemos de suficiente información y tenemos algunos prejuicios cuando se habla de esa «historia de Aladino» que, según Sergio Ramírez, es la construcción del canal en Nicaragua. Escritor que, por cierto, abordó el mismo tema, muy poéticamente, en su obra *Mil y una muertes* (Alfaguara, 2004).

Valga decir, para terminar, que también sobre esta época dictatorial y canamera se ha editado en El Salvador (con difusión en Nicaragua) el libro *Memorias de mi padre 1893-1980* de Gerardo Godoy, cuyo relato de las luchas constitucionales complementa, desde otro ángulo histórico, este periodo y lo aproxima un poco más a la actual era sandinista.

Para quienes se interesan en estos temas mesoamericanos, ahora pueden acudir a Internet, privilegio del que no gozó Mayorga; no obstante, nos brindó una pieza enciclopédica.

San José, octubre 2014